

**LXXII ANIVERSARIO DEL BATALLÓN DE INFANTERÍA
NÚMERO 37 “GUARDIA PRESIDENCIAL”. Bogotá.
Miércoles 16 de agosto de 2000**

El 7 de Diciembre de 1927, cuando el entonces primer mandatario, Miguel Abadía Mendez, firmó el decreto mediante el cual se creó la guardia de honor del Presidente de la República, otra era la cara del país:

En los avisos publicitarios de los principales diarios se anunciaban las fantásticas pastillas del doctor Lovett, muy útiles, según su creador, para “combatir el insomnio y la palpitación del corazón”. A quienes tal dudosa medicina no les funcionaba, más les convenía tomar el tren hacia el famoso balneario municipal de Nemocón o, si el pudor o el cansancio de tan largo viaje lo impedían, también podían ir al gran teatro Faenza y ver, bajo el ala de un sombrero Stelson, las alfombras voladoras de “El ladrón de Bagdad” o la actuación de Harrison Ford en “El renacimiento de la tía María”.

En el campo político se discutía la ratificación del tratado Salomón Lozano, celebrado entre Colombia y la República de Perú, cuyo objetivo, desgraciadamente no logrado para su momento, era eliminar los problemas fronterizos. En Europa,

como lo notificaba el servicio cablegráfico del periódico “El Tiempo”, se comentaban los ataques de la prensa fascista a la democracia y las negociaciones de desarme entre el gobierno de Inglaterra y los comunistas soviéticos.

El país, y el mundo, definitivamente han cambiado: los avances médicos han dejado atrás las pastillas milagrosas para limitarse a la realidad de curar las enfermedades; el viaje a Nemocón, gracias a nuestras modernas autopistas, ya no es tampoco ninguna expedición. Los sombreros, asimismo, ya los consideramos unas prendas sólo imprescindibles para nuestros abuelos y Harrison Ford, el actor de la película antes mencionada, murió décadas atrás para dejarnos sólo la confusión con el actor homónimo que conocemos. En el terreno político se han superado hace tiempo nuestros problemas fronterizos con Perú, el imperio soviético se extinguió y, para fortuna de la democracia, el fascismo ya no es más que un mal recuerdo.

Sin embargo, en estos 72 años, algunas cosas se han mantenido inamovibles, sólidas, fieles a sus orígenes. El Batallón Guardia Presidencial, no me cabe duda, es una de ellas. Ajeno a los vaivenes de la política y de la moda, y a los

azares de tiempo, esta unidad ha mantenido la misma valentía y la misma lealtad a las instituciones republicanas que tenía aquella otra que la inspiró: la guardia de honor del Libertador Simón Bolívar.

Aunque ya no esté conformada por escuadrones de caballería y de granaderos, tal como lo pensó el Libertador en 1815, sí ha conservado, desde su primer comandante, el teniente coronel Leopoldo Torrente, hasta hoy día, cuando está comandada por el teniente coronel Gustavo Alberto Ospina, su espíritu originario. Basta ver los portentosos cambios de guardia para darse cuenta cómo, bajo el sonido furioso de las cornetas y los bombos, se conserva toda la mística y todo el rigor marcial que la defensa del Estado colombiano merece.

Los 1.350 hombres que conforman el batallón, siguen siendo hoy los más celosos defensores de nuestras instituciones. Defender al Presidente de la República no es, al fin y al cabo, proteger a una persona particular. El jefe del Estado, al ser elegido por las mayorías, viene a ser la cabeza visible de todo un sistema político fundado en la voluntad popular. La misión del Batallón, entonces, no es cuidar a un hombre sino cuidar a la democracia.

Mi padre, como ningún otro, reconoció por eso la importancia de este contingente y, en consecuencia, le confirió, en el año de 1973, la máxima condecoración otorgada por el gobierno colombiano: la orden de Boyacá. Él mismo, en los disturbios de 1971, recibió su respaldo incondicional ante las amenazas a su seguridad. Como ya lo había hecho en el tristemente célebre año de 1948 y como, casi cuatro décadas después, lo haría en la catástrofe del Palacio de Justicia, el batallón Guardia Presidencial demostró, en ese momento, todo su coraje.

Sin embargo, no sólo en acciones armadas se ha probado su importancia. Todo cuerpo militar, a mi juicio, cumple tanto la función de mantener el orden público, a través de un uso de la fuerza conforme a la ley, como aquella otra de simbolizar la esencia de la unidad nacional. Por eso, en los ritos militares, en el fragor de sus ceremonias, resuena el eco de los cañones de las guerras de independencia o de las voces de nuestros héroes. Cada vez que ustedes exhiben su poder, en las marchas o en los cambios de guardia, la palabra patria deja de ser una mera abstracción.

Estimados oficiales y suboficiales:

En este momento histórico, cuando las instituciones enfrentan el desafío de los violentos, cuando el Estado de derecho resiste los embates de quienes se encuentran no sólo al margen de la ley sino al margen de las dignidades del combate, la entereza de un cuerpo armado como el aquí presente nos recuerda, a cada instante, el inmenso valor del Ejército Nacional.

Más que nunca, el país requiere ahora del respaldo de quienes están dispuestos a arriesgar su vida para salvar la de las instituciones. Esa lealtad, esa entrega, es la que yo aquí percibo. Los 72 años del batallón Guardia Presidencial, que hoy celebramos con júbilo, testimonian cómo la prosperidad, el orden, e incluso la misma felicidad, han necesitado y necesitarán siempre de quienes las libren del acecho del dolor y el caos ¡Gracias a ustedes por su fidelidad! ¡Gracias a ustedes y, más genéricamente, al ejército colombiano por su sacrificado empeño en cuidar las velas a pesar de las tormentas!

La destrucción de la destrucción y la remembranza de la patria, no puedo dejar de sentirlo, son tareas sin tregua. Con una trabajo como el suyo esta meta está asegurada.

Gracias de nuevo y felicitaciones.